


---

Moldes, Diego, *Antonio de Nebrija y su origen judeoconverso*, Barcelona, Gedisa, 2023, 171 p. ISBN: 978-84-19406-19-4. 20,9€ 

*Prólogo de Juan Gil.* I. El origen judeoconverso de Antonio de Nebrija. I.1. Factores demográficos, sociológicos y de alfabetización. I.2. La genealogía oculta o inventada: Lebrija. I.3. Educación y hebraísmo. I.4. La relación con la imprenta. I.5. La Inquisición. I.6. Factores psicológicos y culturales de la personalidad. I.7. Relaciones con judeoconversos y con judíos. Conclusión. *Post scriptum.* II. ANEXO PRIMERO. ¿Quién fue Antonio de Nebrija? III. ANEXO SEGUNDO. Lecturas esenciales sobre Nebrija. IV. ANEXO TERCERO. Primeras ediciones conocidas de obras de Antonio de Nebrija. V. ANEXO CUARTO. Nebrija en Salamanca. VI. Bibliografía consultada. VII. WEBGRAFÍA. *Agradecimientos del autor.*

El pasado año 2022 tuvo lugar la conmemoración del aniversario de la muerte del humanista español Antonio de Nebrija. Este v centenario ha contado con numerosas actividades (exposiciones, digitalización de su obra, conferencias, publicaciones...) que dan muestra de la relevancia de un personaje que supera las fronteras hispánicas. Es en este marco celebrativo en el que cabe situar el libro de Diego Moldes centrado en la polémica sobre el posible origen judeoconverso de Nebrija. Investigaciones recientes no habían hallado pruebas del posible pasado converso del humanista, pero, en palabras del autor «tampoco de que no lo fuese». Por eso, a lo largo de las páginas de este ensayo se pretende demostrar que «es mucho más difícil probar el origen cristiano-viejo de Nebrija que su origen judeoconverso»; en definitiva, su intención es argüir «la probable ascendencia judeoconversa de Nebrija» (p. 23). Para cumplir este propósito considera a lo largo de sus páginas siete aspectos.

El primero de ellos, quizás el más completo y convincente, se centra en analizar los factores demográficos, sociológicos y de alfabetización. La Corona de Castilla, entre la década de 1440 (fecha próxima al nacimiento de Nebrija) y 1500, tendría una población de 3,5 millones de habitantes, de los cuales solo el 5-10% de ellos estaría totalmente alfabetizados (una población entre 150 000 - 250 000 personas). De los alfabetizados, la mayoría formaba parte de clero (50 000), había una parte mínima de la nobleza y algunas profesiones urbanas (médicos, escribanos, recaudadores, comerciantes), en torno a unos 20 000 - 30 000 cristianos viejos alfabetizados, mientras que los judíos y conversos alfabetizados serían 180 000 – 200 000. De esta forma, sin contar con el clero, la cifra de alfabetizados judíos o judeoconversos sería «diez veces mayor que la de cristianos viejos alfabetizados. Es más, ni Nebrija ni sus padres, una familia de labradores acomodados, estuvieron vinculados a la Iglesia ni a la nobleza (ni siquiera a la hidalguía), por lo que la opción judeoconversa se refuerza a base de cifras. A esto se suma que Nebrija nació en la localidad de Lebrija, en el arzobispado de Sevilla, en cuya archidiócesis a la altura de 1480 había en torno a 55 000 conversos, a los que habría que sumar 35 000 judíos; es decir, «un tercio de todos los judíos y judeoconversos de la península ibérica vivieron en



Universidad  
de Navarra

FACULTAD DE  
FILOSOFÍA  
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE  
HISTORIA  
DEL ARTE  
Y GEOGRAFÍA

## RECENSIONES

Sevilla y localidades próximas al Guadalquivir», como Lebrija (en donde solo un 5%-10% estaría alfabetizado a finales del siglo XV, es decir unas 30-60 personas, muchos de ellos judíos o judeoconversos. Por tanto, teniendo en cuenta esto, que el grupo converso andaluz fue el más numeroso de la Península, que parientes y hermanos de Nebrija estaban plenamente alfabetizados, «es plausible» pensar que los padres o abuelos de Nebrija hubieran sido conversos (p. 34) y, en definitiva, «solo en base a estos datos, sería nueve o diez veces más probable que Nebrija fuese judeoconverso que cristiano viejo» (pp. 35 y 46).

Un segundo aspecto hace referencia a la genealogía oculta o inventada del humanista. En efecto, Nebrija elaboró, más bien se inventó, una genealogía que remontaba sus orígenes a los conquistadores cristianos de la villa de Lebrija. ¿Por qué razón? Probablemente para ocultar sus orígenes judíos. Sin embargo, no estoy de acuerdo en que la «fiebre genealógica» fuese «patrimonio mayoritario de la población conversa, no de los miembros de la nobleza» o que la mirada a la Reconquista fuese producto de «descendientes de conversos provenientes o del islam o del judaísmo» (p. 53). Otros estudios, desde Domínguez Ortiz, a Beceiro Pita, Contreras o Atienza, entre otros, nos hablan de esta tendencia entre los nobles, pero también en el resto de la población. Es una suposición más el que Nebrija no diese su fecha de nacimiento o que aportase datos erróneos de manera consciente para ocultar ese pasado familiar, aunque, una consulta a los archivos procesales nos corrobora que buena parte de las personas que hacían una declaración judicial como testigos apuntaban su edad sin precisar, con un «más o menos», por lo que no sería una novedad. No obstante, Moldes ofrece otros datos interesantes como los nombres de las mujeres de la familia de Nebrija para insistir en la vinculación conversa del escritor.

En tercer lugar, quiere apoyar el origen converso de Nebrija en su interés por todo lo judío, tanto por su historia como por su lengua sin negar el sincero cristianismo de este. Al hacer un breve repaso a la formación de este humanista parece claro dónde estudio y perfeccionó su latín y griego, pero no se sabe de quién aprendió hebreo o arameo. No lo estudió en Salamanca. Aunque otros autores hablan de una formación en Bolonia, no hay constancia de ello. No pudo haber sido autodidacta, dada su dificultad. Por ello, para el autor todo apunta a que lo habría aprendido en su niñez gracias al contacto con judeoconversos que sí la conocían y la usaban en sus conversaciones. Esto y la exégesis bíblica que practicó durante décadas lo convirtieron en un hebraísta, si bien con deficiencias, aunque pionero en sus propuestas. Es más, si bien existieron hebraístas no judíos, todos ellos eran eclesiásticos; y los hebraístas que no eran miembros del clero eran, afirma, judeoconversos, que aún a mediados del siglo XV hablaban entre ellos en hebreo. Tampoco olvida la inclinación mesiánica del nebrisense a la hora de tratar a los Reyes Católicos, y que considera propia de la forma de pensar y ser del judío y del converso (p. 84), aunque este considerando habría completado mejor el argumentario del sexto punto.

Otro aspecto, el cuarto, a tener en cuenta es la estrecha relación de los judeoconversos con la imprenta. No en vano fue un judeoconverso quien introdujo esta innovación en Castilla. Ya en 1481 salía de las prensas el primer libro de Nebrija en Salamanca, aunque esto, y las vinculaciones de su familia con el mundo de la imprenta, no creo que

## RECENSIONES

corrobore nada. Más interesante es la «relación» que Nebrija tuvo con la Inquisición, aunque este capítulo, el quinto, se centra, sobre todo, en la obtención del certificado de limpieza de sangre de su hijo, Sancho de Nebrija, que le habían requerido para poder estudiar en la Universidad de Bolonia, en 1506, año en el que los inquisidores habían logrado que la Universidad de Salamanca no admitiera conversos en sus cátedras. En medio de una extendida judeofobia, Antonio de Nebrija pudo sortear y superar las oposiciones que le permitieron ser profesor en Salamanca algo que, según Moldes, no prueba (como ha sostenido Martín Baños) que Nebrija fuera cristiano viejo, sino que supo, como ya se ha apuntado, ocultar su pasado familiar. Para Moldes, el hecho de que el juicio inquisitorial al que fue sometido Nebrija (1506-1507) lo fuera por herejía y no por judaizante, no demuestra que fuese cristiano viejo sino solo que no judaizó. Empero, sí pudo ocultar su pasado, gracias, entre otras cosas, a que pertenecía a una familia de judeoconversos tempranos, es decir, convertidos en la primera gran oleada entre 1391 y 1449. Es más, el hecho de que Sancho lograra confirmar su limpieza de sangre para ingresar en Bolonia, tampoco quiere decir nada, pues era posible falsear la documentación con cierta facilidad. De nuevo, tanto esta hipótesis, la del ocultamiento, como la de los que ven en ello la confirmación de que era una familia de cristianos viejos, se mueven en el terreno de la conjetura.

El sexto punto a tener en cuenta supone una inmersión, algo aventurada, en el mundo de los factores psicológicos y de la personalidad del humanista lebrijano, apoyado, por ejemplo, en los estudios de Rodríguez del Pozo, hasta llegar a afirmar de que «sí hay ciertos rasgos de la personalidad que describen quienes lo conocieron que coinciden muchísimo con idénticos elementos que hemos hallado en eruditos de origen judío» en especial su austeridad, su bibliofilia, su fortaleza interior o su conciencia histórica (p. 110). Así, para Moldes, el deseo de ascenso social, su voluntad de destacar intelectualmente, su laboriosidad, su habilidad para los negocios o incluso su soberbia, es algo que «se repite en todas las grandes personalidades de origen judío asimilado» (p. 113), lo que vendría a reforzar su hipótesis. Un conjunto de tópicos (quizás falte el hecho de que fuera un miembro del pueblo elegido) que difícilmente puede sostenerse como argumento, sino más bien como elucubración. Finalmente, Moldes vuelve a insistir en la estrecha relación de Nebrija con el mundo judaico, pues, «en el contexto de la época, si un erudito (caso de Nebrija) se acercaba al poder político-económico, era prácticamente imposible que no mantuviese relaciones con judíos y judeoconversos» (p. 122). De esta forma hace un repaso a las personalidades judeoconversas con las que se sabe que mantuvo contacto y tuvo amistad, aunque, en la línea de Martín Baños, y frente a las «evidencias» de Américo Castro, esto no demuestra nada. Por otra parte, se detiene a analizar las razones de su abandono de la carrera eclesiástica por otra más incierta como gramático. La razón no sería otra sino la de fundar una familia y esto lo asocia Moldes con su posible estirpe judaica, su «herencia genealógica», pues «la obligación de todo maestro judaico (rabino) es tener una descendencia y educarla» (p. 124), como así lo hizo, aunque no parece que esto sancione en modo alguno un determinado pasado de Nebrija.

Como bien señala en su conclusión, el hecho de que Nebrija fuera o no judeoconverso en nada invalida el peso y la influencia de sus ideas, pero abordarlo sirve, al menos, para comprender el complejo contexto cultural de una época. Escrito de forma amena,



Universidad  
de Navarra

FACULTAD DE  
FILOSOFÍA  
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE  
HISTORIA DEL ARTE  
Y GEOGRAFÍA

## RECENSIONES

a veces en forma y ritmo de reportaje periodístico, pero apoyado en una bibliografía impecable, en un gran conocimiento de la época, el autor nos acerca a la personalidad y al tiempo de Nebrija y lleva a cabo su propia interpretación de manera firme y vehemente. Queda para el lector el que los argumentos de Moldes lleguen a convencerle (o no) —aunque parecen indudables, como ha puesto en evidencia Juan Gil, las conexiones judaicas de Nebrija—, con un libro muy atractivo y abierto al debate y a la investigación y que sirve, sobre todo, para dar justo protagonismo a uno de los humanistas más importantes e influyentes del Renacimiento español.

**Diego Moldes** es doctor en Ciencias de la Información, historiador del cine. Profesor en la Universidad Nebrija y desde 2019 director de Relaciones Institucionales de la Fundación Nebrija. Sus obras más recientes son *Cuando Einstein encontró a Kafka. Contribuciones de los judíos al mundo moderno* (2019), o *En el vientre de la ballena. Ensayo sobre la cultura* (2022).

Jesús M. Usunáriz  
Universidad de Navarra

 <http://orcid.org/0000-0001-5274-2397>